los bienes de fortuna. Así decía á Erasmo en carta fechada el día 16 de Junio de 1524: «En la fiesta de la Eucaristía sometime al yugo femenil, el cual todavía no me es gravoso, ni creo me parecerá tal tampoco en adelante. Pero Dios dirá. A estas fechas no me desagrada lo hecho, y á todos aquellos que nos conocen les ha parecido tan bien, que, según dicen, hacía muchos años que nada se había realizado con tan universal aprobación» (42).

Y en la referida epístola á Juan de Vergara manifiesta, contestando á su amigo (que temía le distrajesen de los estudios las ocupaciones domésticas): «Hace ya más de tres años que me casé. Hasta ahora, gracias á Dios, ni una horilla siquiera he hurtado al estudio por esa causa.»



Cuando Vives salió de Inglaterra, prometió á los Reyes y al Cardenal Wolsey regresar á fines del mes de Septiembre de 1524. Deseando ser fiel á la palabra empeñada ante tan benévolos protectores, sólo permaneció Vives en Flandes durante el tiempo convenido. Pero aun en éste supo emplear Vives sus ocios con indisputable utilidad. Pruébalo así la composición de las dos obritas morales tituladas respectivamente Satellitium animi, sice Symbola, é Introductio ad Sapientiam, cuyo contenido examinaremos en la Segunda Parte de este trabajo.

## VIII

(1524-1527)

Donde el autor se permite algunas divagaciones históricas. — Regreso de Vives á Inglaterra. — Sucesos políticos: impresión que produjeron en Vives. — 31.) De Francisco Galliae Repe a Caesare capto—1525. — 32.) De pace inter Caesarem et Franciscum Galliarum Regem, deque optimo regni statu—1525. — Rencillas editoriales. — Relaciones de Vives con Ignacio de Loyola. — Publica Vives la obra: 33.) De subventione pauperum, sive de humanis necessitatibus—1520. — Notas biográficas — Detalles históricos. — 34.) De Europae dissidiis et bello Turcico dialogus—1520. — 35.) De conditione vitae christianorum sub Turca—1526.

En Noviembre del año 1524 encontrábase Vives de regreso en Inglaterra, pues el día 13 del expresado mes escribió á Erasmo una carta, en la cual, á la vez que le participaba su estancia en el Reino británico, dábale cuenta del buen efecto que en los Monarcas ingleses había producido la lectura del recientísimo libro De libero arbitrio, compuesto por el Doctor de Rotterdam, libro que había de dar margen á empeñada polémica entre el último y Martín

Sobrevino el año 1525, y los trascendentales acontecimientos ocurridos durante el mismo, que á toda la cristiandad conmovieron, hallaron eco en el humanista valenciano, siempre solicito por llevar la paz y la concordia á los ánimos desasosegados y turbulentos de los políticos de la época. Los sueños de pacificación que Vives acariciara en los primeros momentos de la elevación del Cardenal Adriano al solio pontificio, desvaneciéronse prontamente con la temprana y llorada muerte del nuevo Papa, acaecida en 24 de Septiembre de 1523.

Volvió entonces los ojos Vives al esposo de Catalina de

Aragón, creyendo encontrar en el monarca inglés el mediador que buscaba para el restablecimiento del equilibrio po-

Y á la manera como antes exhortara al Pontifice á la conciliación y á la paz en la epistola De Europue statu ac tumultibus, dirigióse ahora Vives á Enrique VIII con dos importantes cartas: la titulada De Francisco Galliae Rege a Caesare capto, escrita en 12 de Marzo de 1525, y la que rotuló De Pace inter Caesarem et Franciscum Galliarum Regem, deque optimo regni statu, en 8 de Octubre del mismo año.

Pero, antes de proseguir, conviene que digamos algo acerca de los graves sucesos que impulsaron á nuestro filósofo á echar su cuarto á espadas en la intrincada trama de la po-

Francisco I, después de dejar á su madre Luisa de Saboya en Francia por Regente del Reino, penetró en Lombardía á la cabeza de un brillante y numeroso ejército en el otoño de 1524. Pretexto para la nueva acometida encontrábalo el Monarca francés en la pérdida del Ducado de Milán y de los Señoríos de Aste y Génova, que, según sostenía Francisco, le correspondian de derecho.

Cruzando, pues, los Alpes, penetró el Rey de Francia en Lombardía y ocupó á Milán, abandonada por los imperiales, quienes, con buen acuerdo, pusieron singular empeño en asegurar á Pavía y á Lodi. Desesperada parecia la situación del ejército de Carlos V, porque si bien se hallaban al frente de las fuerzas Capitanes tan expertos y denodados como Antonio de Leiva y el Marqués de Pescara, era muy inferior el número de aquéllas al de las del ejército francés, y ademas, contra los españoles estaban la interesada neutralidad de Venecia y Florencia y la doble política de Roma. Por eso, mientras el Duque de Borbón fué á buscar refuerzos á Alemania, Antonio de Leiva se fortificó en Pavía y el Marqués de Pescara en Lodi.

Pocas defensas han sido tan obstinadas y tan gloriosas como la de Pavía. Cercado de numeroso ejército, sin auxilio alguno exterior, con intentos de sedición en la ciudad, supo Antonio de Leiva hacer infructuosas las acometidas del enemigo, causándole al mismo tiempo importantes des-

trozos. Entre tanto, el Marqués de Pescara, aprovechando la situación del ejército de Francisco I, hizo frecuentes salidas, en las cuales causó á los contrarios graves descalabros. A pesar de todo, Francisco I no cejaba en su propósito de apoderarse de Pavía, cuyo cerco apretaba cada vez con mayor tenacidad; pero el haber desmembrado el ejército para enviar parte de él á Nápoles, redujo algún tanto las fuerzas de que disponía. A todo esto, corriendo va el año 1525, llegó Borbón al campo de los imperiales con importantes refuerzos traídos de Alemania, y uniéndose con el Marqués de Pescara, acordaron, después de madura deliberación, encaminarse hacia Pavía para obligar al Rey de Francia á levantar el sitio. A primeros de Febrero llegaron á la vista del ejército francés. Acamparon en las inmediaciones, y con incesantes alarmas inquietaron al enemigo, logrando pasar aviso á D. Antonio de Leiva. Por fin, un 24 de Febrero se dió la batalla, cuyo éxito, si en un principio pudo parecer desfavorable á los imperiales, después, gracias al arrojo y bizarría de los generales de Carlos V. Pescara, Alarcón, Launoy, Vasto y Borbón, trocóse en una memorable v decisiva victoria. Durante la refriega cayó Francisco I en poder de los imperiales, quienes encomendaron á D. Hernando de Alarcón el cuidado de la persona del augusto prisionero, el cual fué trasladado á España, donde arribó el día 17 de Junio, pasando luego por Palamós y Barcelona á Valencia, y de aquí, por Requena y Guadalajara, á Madrid, donde se aposentó en el regio alcázar, siempre bajo la guarda de D. Hernando de Alarcón. Así permaneció algún tiempo el Monarca francés, resistiéndose á firmar la renuncia de la Borgoña, capítulo principal de las proposiciones de Carlos V (2).

Por otra parte, las relaciones entre España é Inglaterra no eran entonces tan cordiales como antes parecieron. Resentido el Emperador porque Enrique VIII, faltando al compromiso contraido en Windsor, destinaba la mano de su hija María para el Rey de Francia, eligió por esposa á la Infanta Doña Isabel, hermana de Don Juan III de Portugal, efectuándose el enlace por poderes el día 1.º de Noviembre de 1525. A su vez Enrique VIII favorecia, aunque veladamente, las miras políticas de Clemente VII, quien, unido con Venecia y Florencia, pretendía arrebatar á Carlos V los dominios que el último poseía en Italia.

No andaban las cosas muy bien en el interior de la Península. Agitábase Valencia con la grave cuestión de los moriscos. En 1524, un Breve de Clemente VII ponía en conocimiento del Emperador que los moros valencianos andaban en tratos con los berberiscos, y le exhortaba á que los expulsase del Reino, comisionando á los Inquisidores para la ejecución del decreto. Unas y otras especies, más ó menos ciertas, avivaron los odios del populacho contra los moriscos, como antes los encendieron contra los judíos, y el resultado fué un edicto imperial, expedido en 4 de Abril de 1525, por el cual se colocaba á los moriscos en la alternativa de reconciliarse con la Iglesia Católica Romana ó ser expulsados de España. La tibieza que para lo primero mostraron dió lugar á un nuevo decreto, en el que se les ordenaba que abandonasen el Reino antes de fines de Enero del año 1526.

Tales empresas ocupaban el ánimo del Emperador cuando Luis Vives se decidió á escribir los opúsculos arriba mencionados. La fecha del titulado De Francisco Galliae Rege a Caesare capto es algunos dias posterior á la de la batalla de Pavía. Está escrito en forma de carta á Enrique VIII, compuesta, dice Vives, «Oxoniae, in litterato otio, a regia et negotiis procul».

En opinión de Vives, dos enseñanzas importantes pueden dar de si los sucesos acaecidos: primera, cuán poco debe confiarse en la suerte de la guerra; segunda, de cuántos males es á veces fuente para la humanidad la ciega ambición ó desaconsejado atrevimiento de un solo hombre — quantum regno universo, tot gentibus ac populis, noceat hominis unius vel ambitio caeca vel audacia inconsulta. — Sin duda Vives, que solía leer á Mosén Diego de Valera, recordaba aquel pasaje de una de sus Epistolas: «Querría agora que me dixessen, los que mucho la guerra dessean o no dan lugar a la paz, qual es la causa que a ello les mueue. Deuian estos considerar quanto es dudoso auer vencimiento, e quanestos considerar quanto es dudoso auer vencimiento, e quanestos considerar quanto es dudoso auer vencimiento, e quan-

to mas vale auer cierta paz que dudosa victoria; ca, entre todas las cosas mundanas, ninguna cosa es tan incierta como los hechos de las batallas.»

Según aparece de la lectura de la carta, el propósito de Vives al escribirla fué aconsejar al Monarca inglés que se uniera con Carlos V para llevar la tranquilidad al ánimo de los franceses v persuadirles de que no presenciarían en adelante nuevas escenas de sangre y desolación, antes bien serían protegidos con la misma benevolencia con que deben serlo los huérfanos y desvalidos. De esta suerte - añade Vives-imitaréis la conducta de los romanos, gente agudísima en esto del gobernar, los cuales, cuando reducían á su dominación á algún imperio ó pueblo, recibianlo bajo su clientela y protectorado. Así, los franceses, habiendo perdido un Rev, encontrarán dos defensores y patronos, y no carecerán de gobierno en lo sucesivo-nec postea Regem defuturum.—Estas últimas palabras hacen suponer que Vives no imaginaba que Francisco I volviese á ocupar el trono de Francia, pero al mismo tiempo acusan en el humanista una candidez excesiva ó un sobrado desconocimiento de las relaciones entre los diversos Estados europeos, pues no otra cosa implica el creer que Francia consentiría con tanta facilidad en someterse à semejante patronato, ò que Enrique VIII y el Emperador se prestarían á ejercer de consuno tan desinteresado ministerio.

Lo que principalmente resplandece en la mencionada carta es el ardiente desco que al sabio español animaba de que no se repitieran las tristísimas escenas á que había dado lugar la rivalidad entre Carlos V y Francisco I.

Análogo propósito revela la segunda Epistola: De Pace inter Caesarem et Franciscum Galliarum Regem, deque optimo regni statu, dirigida también á Enrique VIII, pero es más extensa y meditada que la precedente, como veremos en la segunda parte de este trabajo.

Muy otra marcha llevaron los sucesos de la que Vives deseaba. Publicáronse las paces entre Francisco y Carlos en 15 de Enero de 1526, conviniendo el Monarca francés, entre otras estipulaciones, en renunciar á la Borgoña, á cambio del matrimonio con la Infanta Doña Leonor, la cual llevaria en dote el Ducado de Milán y el Condado de Osera. Pero Francisco I, luego que se vió libre, curóse poco de cumplir sus compromisos; antes por el contrario, fundándose en la resistencia del Parlamento francés, volvió á unirse con los enemigos de Carlos V, á quienes el Papa Clemente capitaneaba. A todos hizo frente el Emperador, contra todos luchó, y una larga serie de gloriosas cuanto efímeras y funestas victorias, empobreciendo nuestro territorio y cegando las verdaderas fuentes de riqueza, preparó pronto — juntamente con otras graves causas de índole moral — nuestra ulterior decadencia.

\* \*

Aún seguía proporcionando á Vives nuevos disgustos la mala fe del impresor Francisco Byrckmann. Llegó á tanto el enojo del primero por el detestable proceder del librero de Amberes, que declaró en una carta—su fecha 13 de Noviembre de 1524—dirigida á Erasmo, estar dispuesto á tratar con Froben «modò ne admisceat se Franciscus negotio»; y en otra Epístola posterior, refiriéndose Vives á la escasa salida de sus obras, dice al mismo humanista: «No busco otra gloria que la de agradar á ti y á los que se te parecen, porque ¿qué cosa mejor ni más excelente pudiera yo encontrar? Sólo un Platón vale para mi lo que todo el pueblo Ateniena—dijo un célebre poeta y músico;—escribo para mi y para los sabios; ¿y á qué ingenio de nuestros tiempos pudieran aplicarse mejor semejantes frases que al tuyo?»

En Septiembre del siguiente año 1525 todavía no habían salido á luz los escritos de Vives, pues en otra carta de la indicada fecha manifiesta: «si Froben no se resuelve á imprimir los opúsculos, quisiera que me los remitiese.» Y en epistola de 14 de Febrero de 1526, refiriéndose Vives á la poca venta que alcanzaban sus producciones, dicele también á Erasmo: «Te ocupas demasiado en Francisco; no lo merece él tanto. En cuanto á Froben, sería poco equitativo exigir de él lo que le fuera perjudicial. Que no venda mis obras, no es de maravillar, porque no sólo carecen de inspiración, sino también de ingenio, de arte, de celebridad, y

en suma, de todo aquello que suele hacer recomendables los libros. Buscaré otro editor á quien me duela menos imponer esa carga que á Froben, benemérito de las letras por la publicación de tus excelentes obras. Preclaro nombre paréceme haber alcanzado ya si lo que en tu carta dices de mí lo has escrito con sinceridad y no para halagarme los oídos.»

Refiere el jesuita Francisco Sacchini (1570-1625) en su Historia del Instituto de San Ignacio, que el fundador de la Compañía, durante una de aquellas excursiones que, siguiendo la costumbre de sus compatriotas, solía realizar à Brujas mientras estudiaba en la Universidad parisiense (1528-1535), visitó á Luis Vives, por quien fué invitado á comer: v añade el citado escritor que Vives debió de tener en mucho el fervor religioso de Loyola, cuando dijo á un amigo en cierta ocasión, aludiendo al mismo Ignacio: «Este hombre es un santo, v sin duda fundará alguna Orden»; palabras que Lovola comunicó á Juan Polanco. El P. Francisco García, de la misma Compañía, en su libro: Vida, virtudes y milagros de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús (Madrid, 1722), refiere el hecho del modo siguiente: «En la misma Ciudad de Brujas le combidó vn dia á comer Luis Vives, hombre prudente, conocido por sus escritos y erudicion; sobre-mesa habló tan altamente de Díos, que admirado Luis Vives, dixo á los presentes, despues que se avia ido: «Este Varon es verdaderamente Santo, y sin duda Dios le tiene para fundar alguna Religion» (3).

De este suceso, narrado también por Mayans, Mariani y Genelli, no hay dato alguno en los escritos de Vives. No obstante, como el caso nada tiene de inverosímil, puede admitirse, sirviendo al mismo tiempo para confirmar la idea de la relación que guarda el sistema pedagógico de los jesuitas con el de Vives, cuyos libros de educación utilizaron grandemente los individuos de la Compañía, como veremos más additate.

Durante los últimos meses del año 1525, escribió Vives una de sus más interesantes y notables producciones, la que tituló *De subventione pauperum, sive de humanis necessita*tibus, terminada el día 6 de Enero de 1526. Dedicóla nuestro humanista al Municipio y Burgomaestres de la villa de Brujas. En esta dedicatoria hace valer Vives su afecto á la expresada población, á la cual manifiesta tener la misma inclinación que á «su Valencia», añadiendo que desea pasar en ella el resto de sus días. Declara también Vives, en el indicado Prefacio, que D. Luis de Flandes, Señor de Praët, Baile de la villa desde el año 1522, habiale rogado alguna vez en Inglaterra que escribiese algo acerca de la materia en que ahora se ocupaba.

El tratado *De subcentione pauperum* tuvo inmensa resonancia. Los Regidores de Brujas regalaron al autor una copa de plata (*zelveren cop*) en recompensa de su dedicatoria, y la obra fué traducida á expensas del Magistrado (4).

\* \*

Ignoramos cuánto tiempo permaneció Vives en Inglaterra, después de haber arribado á la misma en Noviembre de 1524; pero no debió de ser muy larga la estancia, cuando en 20 de Septiembre de 1525 hallábase de nuevo en Brujas, según aparece de la carta que con la última fecha escribió á Erasmo. En esta carta dice Vives: «Sabe que los ingleses hicieron paces con los franceses....; yo no pienso ir allá—á Inglaterra—antes del próximo año.» En efecto, en 14 de Febrero de 1526 escribía desde Brujas á Erasmo: «Antes de cuatro días, Dios mediante, emprenderé el camino de Inglaterra.» Pero tampoco fué muy larga esta ausencia, toda vez que en Agosto del mismo año encontrábase ya en Brujas.

Dos nuevos opúsculos de Vives, que con breve intervalo aparecieron, revelan cuánto preocupaba á nuestro humanista el estado de la Cristiandad, y cuán grande era su deso de ver el término de aquellas crueles é incesantes guerras, que por ser entre cristianos «mejor llevaran el nombre de latrocinios» (5), y que además impedían á los beligerantes convertir sus armas contra el Turco, cada vez más poderoso y agresivo.

Alarma era esta harto justificada. El tratado de Madrid, celebrado en 15 de Enero de 1526, lejos de poner término á las discordias entre Carlos y Francisco, fué semillero de

contiendas y germen de vivos rencores. Por una parte el Rey de Francia, luego que se vió libre del poder de Carlos, halló acomodados pretextos para sustraerse al cumplimiento de lo estipulado, y aun para ofenderse de las quejas dadas en su consecuencia por el caballeroso Emperador. Por otra, el Papa, contando con la alianza de los Principes italianos, buscando la del francés y teniendo por probable la de Inglaterra, procuraba oponerse à la preponderancia que el Emperador adquiriera en Italia con la ocupación del Milanesado, y aun deciase—como manifiesta Alonso de Valdés, Secretario de Carlos V, en su Diálogo de Lactancio y un Arcediano — que el Pontífice, tan luego como Francisco I fué suelto de la prisión, envióle un Breve en que le absolvía del juramento que había hecho en Madrid al Emperador, para que no fuese obligado á cumplir lo prometido.

Así resurgió la guerra, y se justificó nuevamente el dicho de Bartolomé de Torres Naharro en su *Propalladia* (1517):

> «Es otro nuevo profundo Castillo de la malicia; Y aún la llaman, como fundo, Otros, cabeza del mundo, Yo, cabeza de inmundicia.»

Y aquella otra sentencia del mismo autor:

«Sé yo, por mi desventura, Que con razón señalada Siempre Italia fué llamada D'españoles sepultura.»

En Alemania, los ánimos andaban muy soliviantados con la creciente propaganda de las doctrinas protestantes, las cuales contaban ya entre sus adeptos á importantes y significados personajes:

Harto daban que entender al Emperador estos sucesos, pero muy particularmente le preocupaba el creciente poderío del Turco, cuyas acometidas iban siendo cada vez más importantes. Suleimán II el Grande, de la casa de Osmán, gobernaba entonces el Imperio turco. Hombre de aventajadas dotes, diestro político y no menos hábil guerrero, supo

el Sultán aprovecharse de la mala harmonía que entre los cristianos reinaba, y medrar á costa de las disensiones de sus vecinos. Hungría fué la primera nación contra la cual ensayó sus armas el joven Sultán. Dieron principio las hostilidades en Febrero del año 1521, y prosiguió la guerra con fatal resultado para los húngaros, quienes perdieron en Agosto del referido año la importante plaza de Belgrado.

Satisfecho Suleimán con el éxito alcanzado, volvióse contra Rodas, gobernada entonces por los Caballeros de San Juan de Jerusalén, y tras un largo y empeñado asedio logró apoderarse de la isla y de otras importantes posesiones de la Orden, hechos que contristaron gravemente el ánimo del Pontifice

No pararon aquí las victorias de los Turcos. En Agosto del año 1526, valiéndose Suleimán de la agitación reinante en Europa por las contiendas habidas entre el Rey de Francia y el Emperador, penetró nuevamente en Hungría, desbarató el ejército que á su encuentro salió, dando muerte al Rey Luis II, y, después de arrasar á Buda-Pesth, regresó victorioso á Constantinopla (6).

Dados estos antecedentes, explicase la grande alarma difundida entre los que por la tranquilidad pública se interesaban. Tal revelan el Tratado de como se queja la paz (Pacis Querimonia) de Erasmo, opúsculo euya versión castellana se imprimió en Sevilla en 1520; el Diálogo entre Lactancio y un Arcediano, de Alonso de Valdés, escrito hacia 1527 y publicado por primera vez en Italia, hacia 1529, y multitud de discursos, libros y hasta obras dramáticas de humanistas como Partenio, Vitelio, Ulrico de Hutten, Jacobo Locher y otros escritores solícitos de la concordia.

Figura entre ellos en primera linea nuestro Luis Vives. En otro lugar hemos mencionado las epístolas que el humanista valenciano dirigió al Pontífice Adriano VI y á Enrique VIII de Inglaterra. Ahora citaremos los nuevos opúsculos que sobre análoga materia publicó. El primero de ellos, titulado De Europae dissidiis et bello Turcico, fué terminado en Octubre del año 1526. Está escrito en forma dialogada, sistema muy en boga entre los literatos del Renacimiento, que imitando los modelos de Platón, Cicerón y

Luciano, empleaban aquel procedimiento, ora para tratar con libertad asuntos políticos ó político-morales — como hicieron Baltasar Castiglione, Juan Ginés de Sepúlveda, Alonso y Juan de Valdés, Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Mejia y el autor del sabroso Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio, hijo del Papa Paulo III,— ora para exponer con mayor amenidad materias filosóficas ó literarias, como Petrarca, Donato de Verona, Erasmo, Ulrico de Hutten, Pontano, Sadoleto, Bembo, Giordano Bruno, y entre nosotros Pedro Díaz de Toledo, Juan de Lucena, León Hebreo, los citados Valdés y Mejia, etc., etc.

El otro opúsculo se titula *De conditione vitae christianorum sub Turca*. Analizaremos su contenido, juntamente con el *De Europae dissidiis*, al ocuparnos, en la Segunda Parte, en las ideas políticas de Vives.